



**El silencio en su raíz,
nos ofrece esperanzas ciertas
de cambio y transformación**



NASCENCIA
El germen cierto de una novedad

*Quien supiere morir a todo, tendrá vida en todo.
Humilde es el que se esconde en su propia nada
y se sabe dejar a Dios.*

San Juan de la Cruz

*La realidad consta de materia como urdimbre
y de la vida como trama, la cual se convierte en drama
en la humanidad: porque el ser de lo real es pulsación,
materia traumática/dramática, pulsional y explosiva,
cuyo símbolo humano es la lucha amorosa.*

Andrés Ortiz-Osés

*No existe utopía que no pueda realizarse,
pero hay que saber liberarse de los límites...*

Hugo Zemelman

EL CONTEXTO CREATIVO E IDEOLÓGICO DE LA PALABRA POÉTICA

María Zambrano

Más aún que la espesura de las tinieblas, el alba es anunciada por un específico silencio, por un silencio revelador que la inquietud del que aguarda o espera siente como inminencia, "ya llega, ya está llegando". Y el condenado a morir, no a muerte, lo sentirá en forma intranscriptible aun si el seguir viviendo le es dado.

Y si nada se espera, ni se teme, aparece entonces la revelación de ese silencio por sí mismo, sin promesa alguna. La promesa tantas veces vela la presencia real, la revelación viviente. El "nec spes nec metu" estoico alcanza así su sentido. Libre de ellos el ánimo deja el alma a su vagar, a su originaria receptividad. Y en este momento del germinar silencioso de la aurora, si se está libre de las dos, al parecer, contrarias afecciones del temor y de la esperanza, se escucha el silencio incomparable, indecible, el silencio más allá de toda definición, de todo concepto. Es el silencio de la concepción de la luz, aunque sepamos gracias a la indiscreta ciencia que así no sucede, que esa luz está ya ahí y que sólo es necesario que la tierra, y no el sol, su fuente, gire levemente para que aparezca.

Mas si no se espera y si no se teme, la ciencia tranquilizadora, aplanadora, pierde su poder, se esfuma. Y así el silencio de la concepción de la luz que hace de ella luz viviente, y no sólo ofrecida a la percepción, se hace sentir, se extiende sin límites, mansamente, como óleo de vida, como si la vida naciera en ella, la indefinible vida en la luz. La inasible vida que es ella misma luz, una con ella.

Llega el alba la primera, apenas claridad que borra antes que deshace las tinieblas, silenciosa aún. La hora de la libertad, el interregno donde todo es posible, todo es el amor que obedece sin sentirlo, el reino entre los dos reinos de la luz y de la oscuridad. El reino que no lo es porque no hay mas imperativo que el del amor que no se sabe, el bienaventurado amor aun sin sombra. Amanece.

(De la aurora, pp. 56-57).

Son los momentos creadores de la persona, cuando un suceso que le obsesiona, un enigma, se le aparece como historia completa, como melodía musical, sin interrupción; cuando elementos

alejados en el espacio y en el tiempo forman una unidad de sentido. Y entonces tampoco se dispone de tiempo, tampoco la persona despierta puede detener este suceder encadenado en que matemáticamente aparecen ordenados los elementos que giraban en confusión.

(El sueño creador, pp. 25-26)

El hombre ha de ir haciéndose no ya su vida, sino proseguir su no acabado nacimiento; ha de ir naciendo a lo largo de su vida, mas no en soledad, sino con la responsabilidad de ver y de ser visto, de juzgar y ser juzgado, de tener que edificar un mundo en el que pueda quedar encerrado este ser prematuramente nacido, sin tiempo, sin libertad, y en esa situación entrar en el gran teatro del mundo sin saber tampoco su papel a representar. Establecer el proceso de integración de la persona en su propio ser hasta llegar a la libertad, y el progresivo conocimiento de sí mismo, a la posesión del espacio interior.

[...] Podía ser el punto de partida de una investigación acerca del actuar y del saber, del tiempo y del pensar. Sería, de lograrlo, el surgir de una "forma mentis" desde la cual la ética fuese como nacida del fondo mismo del ser humano en su bregar y no viniendo sobre él como una imposición exterior y apriorística. Ética como adentramiento del tiempo en la persona.

Así pues, la tesis esencial es la de la multiplicidad de los tiempos vitales. Pueden ser los tres planos señalados o más: el de la psique, el de la conciencia y el de la persona. Corresponden a ellos tres movimientos: el de la psique es la ambigüedad. La ambigüedad es signo de falta de tiempo, necesidad de despliegue temporal, tensión sin movimiento. El de la conciencia es movimiento de captar y de disociar, de atar y desatar, de abrir y cerrar, movimientos de intención. El de la persona es espiral, integrador, abierto indefinidamente, pues, sin descentrarse.

(El sueño creador, pp. 27-28).

La privación de tiempo y de libertad que en sueños se padece hace que la situación del sujeto humano aparezca al descubierto en un modo que podríamos decir "puro". Y por ello los sueños son parte integrante de la vida de la persona; la oscura raíz de su sustancia. Pues que si la persona no es, en cierto modo, sustancia, o no es en cierto modo —específico, impar— de sustancia, no tendría su vida un argumento.

En los sueños, pues, se manifiestan como teorema los lugares de la persona, los "ínferos" de la vida personal, de donde la persona ha de salir a través del tiempo; en el ejercicio de la libertad.

Son así los sueños, al par que fantasmas del ser, la primera forma de conciencia de sí mismo, o sea, la primera revelación del sujeto en su existir, entendiéndose por existir el "salir de", lo que comienza ya a suceder cuando algo se manifiesta. La presión de la atemporalidad contribuye a que surja el soñar.

(El sueño creador, p. 65).

[...] Y la acción verdadera que puede ser pensamiento, contemplación o acción propiamente dicha, en la que el sujeto se desposee, se des-enmascara. Se va reduciendo a la unidad de su ser sólo actividad posesiva y poseedora; alienadora y alineante. La acción propiamente dicha es trascendente, deshace el sueño y con él la atemporalidad; crea el tiempo propio de la vida de la persona que es apropiación del tiempo sucesivo. Y al desposeer a la persona deshace el personaje al par que disuelve el conflicto. Cuando así ha llegado a suceder ya no se sueña o aparecen sueños monoideéticos, sueños del ser casi sin fantasma. Especie de teoremas del destino.

[...] El sueño de la persona es, en principio, sueño creador que anuncia y exige el despertar trascendente y que aún puede contenerlo ya en el nivel más alto de la escala de los sueños.

(El sueño creador, pp. 66-67).

Juan David García Bacca

A sus noventa años, el Autor de esta obra se juzga con derecho, casi con obligación, de dar al lector unos consejos para leerla.

No delegar en nada [...] ni en Nadie: sea Papa, Patriarca, Ayatollah, Premier de un Presidium... el pensar por cuenta propia. Que Nadie se arrogue el derecho de pensar por él. Cada uno debe pensar por sí mismo, para sí mismo, consigo mismo en todo. Y tomar sobre sí la obligación de dar a los demás tal ejemplo. Recordando que el miedo a pensar sobre todo es más potente y frecuente que el miedo a morir. Para la mayoría, "morir, antes que pensar". E impedir que los demás piensen; más aún que hagan patentemente tal decisión de palabra impresa. Censura y censores. Inquisidores.

No delegar en nada... ni en Nadie [...] el decidir por cuenta y responsabilidad privada, o sea: renunciar a la Libertad. Cargar valientemente con el don de la libertad de conciencia, sin descargarla en otro.

No descargar el pensamiento aceptando dogmas, Credos, consignas; ni descargar la voluntad obedeciendo a mandamientos, preceptos, ritos. Dogmas... alivian el peso de pensar; obediencia alivia el peso de decidir. Comodonería mental y volitiva. Sobran Concilios y Constituciones que determinen y tiendan a imponer por fuerza física o psicológica qué es lo que hay que pensar y qué es lo que se debe obedecer o querer.

Sin desconocer lo que Concilios y Constituciones aportan de *comodidad* mental y *comodonería* volitiva y de tranquilidad mercantil, si se los y las

acepta, al menos resignadamente; y aún más si se los y las admite como autoridades tan perfectas que merecen se las obedezca con juramento o voto solemne o simple. Todo voto *perpetuo* de obediencia es radicalmente inválido. Y lo invalida la conciencia —implícita o explícita, incallable, en cada acto de obedecer— de que la libertad es irrenunciante. Una renuncia, siempre transitoria, a la libertad es acto de generosidad de gran Señor.

No poner límites a la imaginación, entendiendo por esta palabra *inventiva*. La originalidad, la "inventiva", es uno de los recursos humanos inagotables [...] No aceptar nada que se lo dé por perfecto, definitivo, tradicional, sagrado o venerable. Venga de la Autoridad que sea: religiosa, política, económica... Sea Libro sagrado, rito, práctica, de Antiguo, Nuevo Testamento, Islam, Vedas, Confucianismo, Sintoísmo... Chamanismo...

Los límites a la "inventiva" los señalan, por una parte, los transfinitadores y, por otra, sus refrenadores. [...]

En la primera semana de la creación del Mundo, y en el lugar privilegiado "El Paraíso", Dios (Elohím) prohibió a nuestros primeros padres: Adán y Eva, que comieran los frutos del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Porque si comían de ellos serían dioses, como Dios; comieron, y, para evitar que lo fueran, los expulsó del Paraíso. Y expulsados estamos todos sus descendientes. Entre ellos, los *actuales*: Nosotros.

No abduquemos de ser dioses, aunque no estemos ya en Paraíso alguno. Y asumamos las consecuencias: buenas, malas, peligrosas. Éxito o fracaso.

(*Sobre virtudes y vicios, pp. 7-9*).

Maese Heldris de Cornualles ha escrito estos versos según las reglas. Al empezar los sonidos que ha compuesto, pide y ruega a los que están presentes que los destruyan antes que difundirlos entre tales gentes que cuando oyen un buen cuento ignoran su valor. Tampoco quiere difundirlos entre hombres que aprecian más el dinero que el honor, ni entre los que quieren escucharlos sin pensar en dar una bien merecida recompensa. Un hombre culto podría estudiar durante mucho tiempo la composición de rimas y versos, pero la situación es tan penosa hoy en día, que es mucho más fácil componer obras que encontrar un solo príncipe en el mundo entero de quien se pueda sacar lo bastante para ser recompensado por el esfuerzo, aunque sólo sea con la paga de una semana.

(*El libro de Silence*, p. 3).

[...] Cador permaneció allí, mientras que ella regresaba a su habitación. Ambos se prepararon. ¿Para qué prolongar la incertidumbre? Se presentaron muy temprano al rey —que todavía no había ido a misa— para pedirle que cumpliera su promesa. No hablaron en privado, sino que los pudieron escuchar cien nobles que estaban esperando para acompañar al rey a misa: todos sus vasallos estaban reunidos allí. El valeroso Cador fue el primero en hablar, y le dijo al rey:

—Señor, os pido la recompensa que prometisteis al hombre que matara al dragón. Yo le di muerte: de cuantos están reunidos aquí, ¿quién hay que no lo sepa?

—Así será —le contestó el rey—. Vuestra recompensa consiste en un condado y en una esposa de noble familia. No hay mujer sin compromiso que no os acepte si así lo deseáis; creo que es una recompensa razonable.

(*El libro de Silence*, p. 27).

Hermes es el dios del lenguaje y la mediación, un dios alado y transitivo, mensajero de los dioses y mediador entre éstos y los humanos. Se trata de Hermes transitivo, transeúnte y transicional, el cual se acabará reconvirtiendo entre los romanos en un dios transaccional bajo el nombre de Mercurio, el dios del comercio y del intercambio mercantil.

Mientras que Hermes es el dios del tiempo sucesivo o dinámico, Mercurio es el dios del tiempo estratificado en el espacio estático de la transacción mercantil o intercambio en el mercado, lonja o comercio, por lo que es un experto en los trucos con los trueques (de donde su fama de prestidigitador, pillo o ladronzuelo). Hermes-Mercurio representan así las dos funciones del lenguaje en cuanto transicional y transaccional, diacrónico y sincrónico, dinámico o temporal y estático o espacial, tal y como se representa respectivamente por la función verbal y la función sustantivadora del lenguaje.

El Hermes que juega con Dioniso es el dios de la relación y la conjugación universal de lo diferencial.

(*Hermenéutica de Eranos*, pp. 35-36).

Mi amor por Eranos se basa en la valoración de su profundo planteamiento del sentido existencial. Mi amor irónico por Eranos proviene de que su lúcida respuesta no deja de ser simbólica o imaginal y, por lo tanto, psicoanímica o surreal: lo cual confiere a Eranos un intrigante toque místico-surrealista.

(*Hermenéutica de Eranos*, p. 8).

Esther Cohen

La economía general del universo, su equilibrio emocional, exigen que Dios calle. Y qué significa callar, qué el silencio, sino el dolor y la muerte. Frente al grito, Dios se refugia en su morada silente y responde con su sordera, la única que le permite ejercer, en toda su magnitud, el equilibrio cósmico. Porque ¿qué sería del mundo si todo en él fuera palabra?, ¿qué del hombre que sólo conociera la alegría de la voz sin penetrar jamás en la penumbra del silencio?

(*El silencio del nombre*, p. 71).

José Ángel Valente

La SEMILLA contiene todo el aire;
el grano es sólo un pájaro enterrado;
la nube y la raíz sueñan lo mismo;
la savia abre la palma de la espiga
donde el sol y la lluvia se recrean
y amasan con su amor el pan caliente;
el cielo del revés mira hacia arriba
y apunta hacia su bóveda terrestre;
la tierra llueve cielo abajo pájaros
y el cielo fecundado en primavera
multiplica su luz gozosamente;
el sueño es un sonámbulo vigía
y el despertar su sueño verdadero.

En el ojo de Dios verde y profundo
la primera semilla aún busca el fondo,
y todo gira allí del limo al hombre
para que el mundo empiece todavía.

(*Punto cero*, "Rotación de la criatura", p. 107).



La PIEDRA está
firme y anónima.
Sostienen los pilares
con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló
tal vez a hombres unidos
en la misma esperanza.

Tal vez entonces
tuvo en verdad la vida
cauce común y fue la patria
un nombre más extenso
de la amistad o del amor.

Aquí

latía un solo corazón unánime.
Porque fue éste
lugar de comunales
sueños, repartidas faenas,
palabras pronunciadas
con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso
la piedra aún se levanta
donde, piadosamente,
en el aire extinguido,
mi mano toca ahora
la soledad.

(*Punto cero*, "La plaza", pp. 122-123).

Juan Manuel Roca

Sentados en el parque
Los mudos tejen el aire
Con su jerga silenciosa
En cuyas góticas palabras
Cuentan una historia
Un cantar de lejanía.

Es de verlos entrada la noche
Echando al viento sus manos
Como un molino
Como una bandada de palomas
O mirando el lenguaje silencioso
Del estanque.

Vuela, vuela a traer tus manos
Para hablar de la noche.

(*Cantar de lejanía*, "Cantar de lejanía", p. 28).

El tiempo cumple con recordarnos su paso
De maneras elusivas: es el suyo
Un ábaco con cuentas de granizo
Bajo el sol de los trópicos.
Así, el viejo que vuelve en tren a su patria
Cae fulminado en un pasillo del vagón. Ahora
Su patria es el olvido. Todo, en un guiño de tiempo.
Yo tuve una mujer construida para el siempre,
En su dorada cabeza siempre hacía verano.
La esperaba en las citas con paciencia de nube
Y no sé si murió a tiempo o a destiempo,
Si se fue en la víspera del día.
Se me han ido los años tratando de aprender
A caminar entre los hombres
Como un ángel custodio de mi cuerpo.
Agua o arena entre los dedos, oigo cruzar el tiempo,
Fantasma que galopa en yegua blanca.
(*Cantar de lejanía*, "Monólogo sobre el tiempo", p.113).

En la umbría capilla,
Entre olores de cirios
Y una ración de eternidad,
El predicador
Demandó a sus fieles
Que pusieran
En el saco de limosnas
Lo que poseyeran de más.
Lo llenaron de vacíos.

(*Biblia de Pobres*, "Parábola del vacío", p. 57).

C. P. Cavafis

Dijiste: "Iré a otra tierra, iré a otro mar.
Otra ciudad ha de haber mejor que esta.
Cada esfuerzo mío es una condena dictada;
y mi corazón está —como un muerto— enterrado.
¿Hasta cuándo estará mi alma en este marasmo?
Adonde vuelva mis ojos, adonde quiera que mire
veo aquí las negras ruinas de mi vida,
donde pasé tantos años que arruiné y perdí".

No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.
La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas
calles. Y en los mismos barrios te harás viejo;
y entre las mismas paredes irás encaneciendo.

Siempre llegarás a esta ciudad. Para otra tierra
—no lo esperes—
no tienes barco, no hay camino.
Como arruinaste aquí tu vida,
en este pequeño rincón, así
en toda la tierra la echaste a perder.

(*Poesía completa*, "La ciudad", p. 45).

Fernando Pessoa

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.

Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido,
sino sólo el que no tienen.

Y así en la vía se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama el corazón.

(*Antología poética*, "Autopsicografía", p. 132).

[...]
¿Qué pienso yo del mundo?
¡Qué sé yo lo que pienso del mundo!
Si me pusiese enfermo, lo pensaría.

¿Qué idea tengo yo de las cosas?
¿Qué opino de las causas y los efectos?
¿Qué he meditado sobre Dios y el alma
y sobre la creación del Mundo?
No lo sé. Para mí, pensar en ello es cerrar los ojos
y no pensar. Es correr las cortinas
de mi ventana (pero no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Qué sé yo lo que es el
misterio?
El único misterio es que haya quien piense en el
misterio [...]

Pensar en el sentido íntimo de las cosas
es superfluo, como pensar en la salud
o llevar un vaso al agua de las fuentes.
El único sentido íntimo de las cosas
es que no tienen ningún sentido íntimo [...]

Desde mi aldea veo cuanto del Universo se puede
contemplar desde la tierra...

Por eso es mi aldea tan grande como cualquier otra
tierra,
porque yo soy del tamaño de lo que veo
y no del tamaño de mi estatura...
[...]

Soy un guardador de rebaños.
El rebaño es mis pensamientos
y todos mis pensamientos son sensaciones.
Pienso con los ojos y con los oídos
y con las manos y los pies
y con la nariz y la boca.
Pensar una flor es verla y olerla
y comerse una fruta es conocer su sentido.

Por eso cuando, en un día de calor,
me siento triste de disfrutarlo tanto,
y me acuesto estirado en la hierba,
y cierro los ojos calientes,
siento a todo mi cuerpo acostado en la realidad,
sé la verdad y soy feliz.
(*Antología poética*, "El guardador de rebaños", pp. 181-185).

Luis Vidales

Me lo encontré en la avenida. Su identidad con-
migo era, como si dijéramos, escandalosa. Le dije:
"¿Quién es usted?" Y me soltó, susurrando las sí-
labas: "Luis Vidales". Le grité angustiada: "¡No! Yo
soy Luis Vidales". Y para asombro de mi parte, me
respondió con aplomo: "¿Y quién lo contradice?"
Y en verdad, no tuve nada qué argüirle.

(*Suenan timbres*, "El vecino de adentro", p. 172).

Aurelio Arturo

Cabelleras y sueños confundidos
cubran los cuerpos como sordos musgos,
en la noche, en la sombra bordadora
de terciopelos hondos y de olvidos.

Oros rielen el cielo como picos
de aves que se abatieran en bandada,
negra comba incrustada de otros vivos,
sobre aquel gran silencio de cadáveres.

Y así solo, salvado de la sombra,
junto a la biblioteca donde vaga
rumor de añosos bosques, oigo alzarse
como el clamor ilímite de un valle.

Ronco tambor entre la noche suena
cuando están todos muertos, cuando todos,
en el sueño, es la muerte, callan llenos
de un silencio tan hondo como un grito.

Róndeme el sueño de sedosas alas,
¡róndeme cual laurel de negras hojas!
Mas, oh, el gran huracán de los silencios
hondos, de los silencios clamoroso.

Y junto a mi vivac de viejos libros,
mientras sombra y silencio mueve sorda
la noche, que simula una arboleda,
te busco en las honduras prodigiosas,
ígneas, voraz, palabra encadenada.

Llegad lanzas de luz del día nuevo,
levantad de sus lechos, casi tumbas,
la carne de los hombres, la resaca
que en las áridas playas, abandona
negra marea de crines fulgurantes.

Y se hunde, más alto resonando,
el tambor soterrado de la noche,
resonando se hunde en el silencio
de los hombres que duermen, de los muertos.

(*Obra poética completa*, "Silencio", pp. 142-143).

José Asunción Silva

Como naturaleza,
Cuna y sepulcro eterno de las cosas,
El alma humana tiene ocultas fuerzas,
Silencios, luces, músicas y sombras;

Sobre una eterna esencia
Pasos inestables de caducas formas
Y senos ignorados
De la vida y la muerte se eslabonan.

Nacen follajes húmedos
De cuerpos descompuestos en las fosas,
Adoraciones nuevas
De los altares en las aras rotas!

(*Obra completa*, "Resurrecciones", p. 41).

Eugenio Montejo

HABLAN poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

(*Alfabeto del mundo*, "Los árboles", p. 73).

GUARDA silencio ante el poema,
circula entre sus versos, no interrumpas el paso.
Es casi una oración atea, pero es una oración.
Desde que nace los hombres se congregan
y repiten en sueño sus palabras.
Es como si quedara algo sagrado
sobre la tierra todavía,
el misterio los junta a cada instante.
Tal vez rechaces tanta ceremonia
o te colme el ritual que los convoca,
da lo mismo. No hables.
Descifra despacio cada letra
como quien oye un gallo a medianoche
y siente que su canto, en vez de gritos,
es el pregón de un obituario.
Indaga si tu nombre acaso se menciona,
si para ti también ya cantó el gallo.

(*Alfabeto del mundo*, "Guarda silencio ante el poema", p. 244).

IBA y venía por el mundo
avivando la luz de las cosas,
absortos los ojos abiertos,
pero siempre cerradas las manos.
La vida se las había sellado como cofres
sin guardar oro dentro, joyas o talismanes.
Eran sus manos de poeta,
hábiles para el cuaderno de sus noches,
de día empuñadas con dureza de mármol.
Cuando la muerte vino a abrirlas,
quienes lo despidieron en su lecho
nada encontraron, salvo un canto de pájaro.

(*Alfabeto del mundo*, "El poeta", p. 230).

Jaime García Maffla

En lo alto del mirador
El vigía vigila.
Los campos son de oro y son azules.
Todo es silencio salvo el vuelo o el canto
De las aves y el viento. Vigila
La lejanía, el paso del minuto por el cielo
Y del cielo por sus sienes.
Que nadie venga. Sueña. Se vigila.

(*Las voces del vigía*, "Vigía", p. 17).

Giovanni Quessep

Nada podrá decirte
quien nada sabe, sólo
si la memoria deja de ser sueño
y torna a su raíz la rama y pájaro,
serías página blanca
de alguien que pudo amar y fue al silencio,
palabra en que las horas
venían del aire y por el aire iban
a la quietud de un rostro que no tiene
sino abismos y párpados callados.
Nada podrás decirme
si nada sabes, porque sólo hay labios
que fueron un color en el vacío.
Vive, pues, con la ausencia de ti mismo,
con tu viaje a las islas ignoradas,
que si hallas la puerta del espejo
tal vez despiertes en tu purgatorio.

(El artista del silencio, "Versos del silencio", p. 35).

Perdidos en la hondura del bosque estamos solos.
Dónde hallarte, en qué fábula, último pájaro del mundo:

Tu vuelo iba y venía en su puro abismo
de la quietud de los colores,
y tejía su red del arcoíris
de su hilo: inexpresable azul.

El bosque guarda sus colores, duende
del árbol que se aleja.
Último pájaro del mundo, el canto
que necesitan nuestras almas:
aquel secreto resplandor
entre hojas que pasan, y ya es tarde, anochece.

(El artista del silencio, "El último pájaro del mundo", p. 39).

He aquí el silencio, lo que tanto hiere
con su filo de hielo, que se torna
violeta y arco grana en la memoria,
lo que cose mis labios con su canto
abismal, que no encuentra la salida
ni hacia el fondo culpable de mis huesos
ni hacia el cielo que alguna vez tuvimos;
y si ya era el otoño y en el aire
sólo iban hojas, flores amarillas
que se prendían como mariposas
heridas por agujas invisibles
en las ramas, quebrándose agobiadas
por un tiempo que al aire no perdona
y nos rompe las manos. ¿Cómo entonces
vamos a ser la música olvidada?
Dí, ¿cómo oír la danza irrepitible
de las estrellas, si ya el alma es polvo,
de un diamante escarlata que os quema?
He aquí el fuego mortal, esa ardua forma
del silencio, su piedra donde no hay
redención. Dolor de la belleza
que perdió su piedad, su puro nombre.

(El artista del silencio, "El silencio", p. 65).

Luz Mary Giraldo

Lejos de todo recuerda los adioses.
Sabe que no hay país para sus huesos
mesa para compartir el pan
ni palabra ni abrazo.

No le espera borrón ni cuenta nueva.
Ignora la forma de salir
y da vuelta como perro en calle ajena.
Sin linterna rastrea un territorio
sin mapa ni brújula
sin guía
sin reloj.

Cambia de nombre y de papeles
y su rostro se desvanece en el espejo.

Un verso y una frase de amor
único equipaje.
Y en la memoria una mano débil
despidiéndose.

(Llévame como un verso, "Llévame como un verso", p. 52).

Miguel Ángel López Hernández (Wayuu)

Cuando vengas a nuestra tierra,
descansarás bajo la sombra de nuestro respeto.

Cuando vengas a nuestra tierra,
escucharás nuestra voz, también,
en los sonidos del anciano monte.

Si llegas a nuestra tierra,
con tu vida desnuda,
seremos un poco más felices y buscaremos agua
para esta sed de vida, interminable.

*(Antología de poesía indígena latinoamericana,
"Nuestra tierra", pp. 148-149).*

San Juan de la Cruz

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

Yo no supe dónde entraba,
pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

*(Vida y obras completas de San Juan de la Cruz, "Coplas hechas
sobre un éxtasis de harta contemplación", pp. 410-411).*

Si Kongtu

su absoluta eficacia en el exterior se manifiesta
su auténtica forma en el interior actúa

retorna al vacío primigenio, se adentra en lo confuso
acumula su fuerza, se convierte en lo grandioso

abarca por entero las diez mil cosas
atraviesa de un extremo al otro el prefecto vacío

vasta inmensidad donde las nubes se suspenden
viento interminable en el desierto silencioso

más allá de las imágenes y fenómenos solo existe
el poderoso centro transformador del círculo

hay que asirlo firmemente, sin forzarlo,
y lo que advenga, entonces, podrá ser inagotable

*(Las veinticuatro categorías de la poesía,
"La potencia y la con-fusión", p. 39).*



NASCENCIA DESDE SUS RESURRECCIONES

Nascencia esconde la fuerza de su creación, sin embargo, cíclicamente muestra su dinamismo, aparece y revela el grito sintético y concreto de las voces que guardan, en el oscuro silencio de la naturaleza, el constante bullir de formas, colores y sonidos: la emergencia de nuevos seres que nos ofrecen la riqueza fecunda de una jerarquía evolutiva y su raíz dramática y tensional. En síntesis, lo que expresa *Nascencia* es *el germen cierto de una novedad* que nos invita a la recreación del tiempo que ahora comienza.

Hay ruidos que parecen silencios: el rumor de la selva, del bosque, del cantar del agua en su fluir dinámico y su caminar apresurado hacia su destino e, igualmente, el trinar alborozado de los pájaros al despertar del amanecer.

Vivimos en tiempos nuevos, diferentes, plenos de creatividad, símbolos y significados distintos de aquellos que hasta ahora nos han sido familiares y habituales. Por eso, la actual felicitación de Navidad y Año Nuevo ha de ser diversa, otra. Una oportunidad entrañable pues sugiere nuevas determinaciones y sentidos. En verdad, queremos que el tiempo nos abra la posibilidad de un relato y de una experiencia diferente y vibrante bajo todos los aspectos del vivir. Por eso mismo, *Nascencia* nos trae hoy un mensaje: *vivir es cambiar, hoy es siempre todavía*. En consecuencia, la comunicación se entiende como un relato de historias y de experiencias. Con todo, la energía de *Nascencia* nos urge a salir de la oscuridad y habitar la luz y la transparencia. No podemos olvidar en este inicio de un tiempo oportuno que la conciencia es un momento de luz transitorio y fugaz. La semilla espera, pacientemente, en la oscuridad el rompimiento de la tierra para entregarnos el nuevo fruto en un acto de libertad, generosidad y solidaridad.

Nascencia, desde su experiencia del surgir como un acto de creación rompedor de su entorno, se nos muestra como un *novum* sorprendente e innovador de la fuente de energía. La cueva de Belén, silenciosa, quieta y en espera del advenimiento de la epifanía, está en disposición de comunicarnos el nacimiento como quien convive en pobreza y en casa ajena, pero que anuncia la plena libertad. Todo ello constituye una novedad sorprendente que nos habita y metamorfosea en estado de vacuidad y nos ofrece el sentido de la libertad y el gozo de un nuevo tiempo para llevar a cabo la tarea específica del vivir. El silencio extraordinario y rico de Belén se nos presenta, en tensión, frente al acontecer de la epifanía.

Cada año nos convertimos en expresión de una epifanía, un gran impulso y estímulo provocativo que nos conduce hacia el castillo interior y su soledad tranquila. Cíclicamente nos visitan la luz y el silencio, el nacimiento y su epifanía con un mensaje rotundo y sereno: "paz y felicidad". Nos encontramos con la aurora silenciosa en su espectacular germinación de vida y novedad. Y así, la aurora llega cada mañana, sigilosamente, con su luz y el proyecto del *sueño creador*. La luz nos ofrece su programa: acabar de nacer, caminar hacia una plenitud de vida y singularidad como expresión fecunda de la *libertad*.

Nascencia espera la Navidad, la alegría de la compañía, la conversación y el encuentro. La Navidad es habitada por el silencio. Un tiempo nuevo aguarda el peso ligero y el sentido de la palabra, su poética y significado. Todo vibra con la luz, los cambios y las esperas tranquilas. Todo se mueve y dinamiza, sin embargo, el silencio espera su mensaje: la epifanía que rompe la palabra.

Nascencia te felicita y espera tu azar más probable: la cordura festiva de la celebración. El encuentro del ruido escondido en el silencio.

Navidad, Año Nuevo y Reyes. El regalo de la paz y la armonía. El silencio epifánico decide su camino. "La germinación silenciosa de la aurora".

EL SILENCIO

El silencio constituye el contexto interior de nuestra creatividad y la posibilidad de escuchar la revelación de cuanto está más allá de la experiencia y se nos muestra como visible. Nos abre el camino y la gratificación de un encuentro dialogado y del mensaje callado y singularmente personal. Esta presencia, firme e inquebrantable, siempre se nos ofrece como un desafío, un desnudamiento del yo y un acercamiento progresivo al vacío. En este espacio significativo es donde nacen los horizontes que atraen nuestro espíritu hacia la maduración de la inocencia y la limpia espera de la noche y el amanecer de la aurora.

Lo más significativo de la presencia del otro es su secreto modo de ser, su manera de escuchar y expresar su testimonio. El tiempo que la vida nos guarda como un inmenso don tiene como auténtico significado llevar a cabo la tarea y el proyecto de todo lo que significa el encuentro con el otro. Lo cual requiere limpiarnos de las cegueras, los signos sociales, los obstáculos ideológicos que conforman nuestra escala de valores seguros y definitivos. Sin embargo, *el silencio* nos llama a lo provisional, a lo fluido e inestable, a lo probable e incierto y constituye el ámbito de la presencia, de la subida ascensional hacia la luz y la claridad y de la espera totalmente reposada.

El silencio está presente en todas las etapas de la vida y en sus acontecimientos naturales. Marca la fuerza, la potencia activa de la epifanía, del mensaje, de la presencia del otro de su capacidad de anticipación y de imaginar otro porvenir y otro tiempo. Es la revelación de lo innegable y de la presencia definitiva de la otredad.

Ahora bien, en el silencio igualmente se escucha la estructura sangrante y cruel de la realidad histórica. De modo que silenciar las emociones es el primer trabajo de nuestra capacidad interior de crear la diferencia. Lograr la mudez interior de toda actividad pensante e inquieta. Habitar en el vacío en paz constituye una proyección del silencio y el anuncio de la presencia de una alteridad. El silencio nos atrae hacia lo invisible, lo virtual, hacia un espacio y tiempo en el que surgirá una nueva vida. La palabra escondida es el símbolo del silencio. Cuando la palabra tropieza con el silencio se abre a la luz y al tiempo con novedad. El estado de silencio nos permite adentrarnos en la máxima aventura de la otredad: escuchar la epifanía rompedora de un tiempo lineal y monótono.

El estado de silencio nos abre, como la flor, para recibir toda positividad interior e irrupción de sí mismo. El silencio de Dios es una profunda llamada al encuentro singular. La selecta escritura del silencio nos revela, en su narrativa singular, la expresión de una palabra poética, la historia de su quehacer inocente.

El silencio consiste en no ser prisioneros de nuestros pensamientos ni del ruido interior con frecuencia más perturbador que los sonidos externos. "Vivir en el silencio no sirve de gran cosa si la mente está agitada". La mente necesita calmarse, sose-garse, escapar de las tensiones. Ese reposo de lo más peculiar de uno nos permite acceder a la contemplación y a la felicidad personal. La felicidad no es otra cosa que una forma de *contemplación*.

La soledad y el silencio interior son las condiciones imprescindibles para encontrarnos con nosotros mismos y con el otro como fuente de luz, transparencia y afirmación de la singularidad originaria. El retiro y el silencio constituyen un camino muy positivo para adentrarnos en una experiencia singular y muy significativa. Lograr el silencio interior es patrimonio de cualquier ser humano, de su capacidad de encuentro y experiencia y de su crecimiento y autonomía. Es ésta una capacidad que todos tenemos.

Una mente silenciosa se encuentra profundamente enraizada, oculta e invisible, lejos de todo compromiso exterior. Nuestra conciencia se refiere tanto a su lado superficial como al de su intimidad, lo cual nos exige comprender el ámbito contextual de cuanto nos *constituye*.

El árbol guarda el silencio en el transitar del camino. Generalmente invita a la reflexión, a la interioridad y nos participa la energía de su savia. La presencia del sol y su llamada a la puerta de la luz, cada mañana, se nos aparece siempre en silencio y nos espera en el despertar de la aurora.

El tiempo siempre es una promesa de felicidad, cuando al ser inédito le dejamos surgir como un acto de nascencia constante y dramático. El silencio se esconde detrás de la palabra al igual que la vida se oculta a través de las sombras.

LOS SILENCIOS DE LA ESCRITURA

La palabra escrita tiene el don de la pasividad. Se queda ahí en silencio hasta que un sujeto le da sentido. Toda escritura necesita interpretación, despertar de su quietud, de su sentido vivificante y novedoso, ponerse en actividad. No es lo mismo callar que estar en silencio. Éste siempre implica una actividad, que nos lleva a un movimiento interior y nos revela un nuevo conocimiento. El silencio, abre a la apuesta por el encuentro en el camino interior de la otredad. Vacío y experiencia deben expresarse sin palabras.

Miguel de Cervantes: conversación popular. La singular dignidad de todo individuo

Don Quijote se interna en lo más intrincado de Sierra Morena para perfilar su hazaña y demostrar definitivamente su amor por Dulcinea del Toboso.

—Calla, te digo otra vez, Sancho —dijo Don Quijote—; porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? —preguntó Sancho Panza.

—No —respondió el de la Triste Figura—; puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia? —dijo Sancho.

—Sí —dijo Don Quijote —; porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria [...] (p. 269).

—Este es el lugar, ¡oh cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. Éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán a la contina las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosa! [...] (pp. 272-273).

Carta de don Quijote a Dulcinea del Toboso

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afinamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,
EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

—Por vida de mi padre —dijo Sancho en oyendo la carta—, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesía a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester —respondió don Quijote— para el oficio que trayo.

—Ea, pues —dijo Sancho—, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place —dijo don Quijote [...]. (p. 279).

—Yo me confío de vuestra merced —respondió Sancho—. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos, quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras... porque habiéndolas tú visto por tu ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir [...] (p. 280).

(Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, prólogo y notas de Alberto Sánchez, Editorial Noguer, Barcelona, 1976).

Don Quijote piensa lograr su hazaña y ganar un perpetuo renombre y la admiración de las gentes. De este modo encuentra muy adecuado lo escarpado y difícil del entorno natural de Sierra Morena. Allí le escribe a Dulcinea la carta de amor más maravillosa de la lengua castellana. Quiere que Sancho sea testigo de lo que es capaz de hacer por amor. De camino hacia el Toboso el escudero tiene un encuentro inesperado que le hace cambiar el rumbo y a partir de ahí, la carta de don Quijote no llega a su destino, aunque éste nunca conoce la verdad. Sancho se tropieza, nada menos, que con el barbero y el cura, por lo cual no tiene más remedio que llevarlos al lugar donde don Quijote hace su penitencia. El Caballero de la Triste Figura lleva a cabo su hazaña en el mismo corazón del silencio.

Jorge Luis Borges. La creación literaria transformadora de la realidad: ficción y metáfora

El misterio del Aleph

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas.

Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara

Jorge Luis Borges, *El hacedor*

En una carta de febrero de 1945, Borges le cuenta a su enamorada Estela Canto que está escribiendo un cuento de *un lugar que contiene todos los lugares*, y llega una mañana a su casa con un paquete, le muestra un caleidoscopio y le dice que es el Aleph [...]

Cuando Borges le reveló su secreto a Estela Canto, estaba muy enamorado de ella y sabía que, a sus cuarenta y seis años de edad era, quizá, su última oportunidad para ser amado y correspondido por una mujer joven e inteligente. En la misma carta del 5 de febrero del cuarenta y cinco le había dicho: "Tengo otro objeto semimágico para ti, una especie de caleidoscopio". Este fue el objeto que le trajo en el paquete, pero no sabemos si se lo dejó o se lo volvió a llevar. A los meses Borges le pidió a Estela que se casaran, pero ella se negó, diciéndole que primero tenían que acostarse para luego decidirlo. Borges guardó silencio y hasta ese día la pretendió. Ni en las memorias de Estela Canto ni en ninguna entrevista o texto del escritor se aclaró el destino del caleidoscopio [...]

(Orlando Mejía Rivera, *La biblioteca del dragón. Lecturas inolvidables*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2012, pp. 31-32).

Mirar el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua.

(Jorge Luis Borges, "Arte poética", en *Obras completas, 1923-1972*,
Editorial Ultramar, Buenos Aires, 1974, p. 843).

Borges es capaz, en su escritura, de captar la totalidad del símbolo lo cual constituye la esencia de cuanto podemos decir del silencio. Su imagen es el Aleph. Descubre el misterio de que en el silencio se encuentra todo: los procesos, los caminos, los horizontes y la permanencia de la imagen. Así confirma su otro descubrimiento: que en el principio de la literatura está el mito y también en su final. En su poema de la ausencia encuentra el espejo que le devuelve la identidad que guarda en el silencio.

Habré de levantar la vasta vida
que aún ahora es tu espejo:
cada mañana habré de reconstruirla.
Desde que te alejaste,
cuántos lugares se han tornado vanos
y sin sentido, iguales
a luces en el día [...]
Tu ausencia me rodea
como la cuerda a la garganta,
el mar al que se hunde.

(Jorge Luis Borges, "Ausencia", en *Obras completas, 1923-1972*,
Editorial Ultramar, Buenos Aires, 1974, p. 41).

Borges es capaz de mirar el río *hecho de tiempo y agua* pero lo que en él se esconde es siempre la magia del silencio.

Gabriel García Márquez. **Los ecos de la tradición en la actualidad: Cien años de soledad**

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca

de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. "Las cosas tienen vida propia —pregonaba el gitano con áspero acento—, todo es cuestión de despertarles el ánima". José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades, que era un hombre honrado, le previno: "Para eso no sirve". Pero José Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos, así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados. Ursula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no consiguió disuadirlo. "Muy pronto ha de sobrnarnos oro para empedrar la casa", replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región, inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquíades. Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.

En marzo volvieron los gitanos. Esta vez llevaban un catalejo y una lupa del tamaño de un tambor, que exhibieron como el último descubrimiento de los judíos de Amsterdam. Sentaron una gitana en un extremo de la aldea e instalaron el catalejo a la entrada de la carpa. Mediante el pago de cinco reales, la gente se asomaba al catalejo y veía a la gitana al alcance de su mano. "La ciencia ha eliminado las distancias, pregonaba Melquíades. Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa" [...]

(Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1993, pp. 59-60).

El terror aviva la memoria y descubre el panorama de otra realidad. Abre su tiempo a la biografía y a la historia y, en todo ello, le aguarda el silencio.

El tiempo siempre nos recibe para realizar el proyecto íntegro de un vivir único y singular. ¡Feliz Navidad! No en vano, *Nascencia* necesita un nuevo tiempo para vivir. Bienvenidos a la libertad del espíritu renovado. El mundo no es más que un lugar de tránsito. En el silencio se percibe lo invisible de toda otredad que anuncia un nuevo nacimiento, el propio, el original que se esconde en la imagen, en el símbolo y en la imaginación de un proyecto.

Finalmente, recordemos el verso de Pessoa que dice: "Me siento nacido a cada instante / a la eterna novedad del Mundo [...]". Así narra el poemario Sufí, *Poemas de amor divino* de Husayn Mansûr Hallâdj, las etapas de la ascesis mística: "Primero el recogimiento, después el silencio. / Más tarde la afasia y el conocimiento, / después el descubrimiento / y, por último, la desnudez". También en este otro poema Sufí, del mismo poemario, encontramos el sentido más profundo y a quien descubre la alteridad con el ojo del corazón: "He visto a mi Señor con el ojo del corazón / y le he dicho: ¿Quién eres?/ él me dijo: Tú. / ¡Para ti no existe el dónde, / no hay dónde cuando se trata de Ti! [...]".

El *silencio* es el argumento y la trama de una estructura vital que se construye según el horizonte de un proyecto, que es la urdimbre de una verdadera utopía. Nos descubre el secreto de toda alteridad, abre el corazón al significado de un tiempo nuevo y nos ofrece una continua resurrección, paz y felicidad interior.

O. Angel Nogueira Delavina



Feliz Navidad y Año Nuevo 2013

Ilustraciones: Alejandro Ospina

nascenciaeditores@gmail.com

Bogotá - Colombia